

Sociedad Oscense de Conciertos.

Ha dado las audiciones correspondientes a los meses de abril-junio con extraordinario éxito. En la primera (día 5 de mayo) actuó el violinista Antonio Piedra con la pianista Asunción del Palacio, quienes interpretaron composiciones de Veracini, Mozart, Turina, Bach, Francoeur, Elena Romero y Sarasate. Piedra es un artista sobrio, que expresa con fidelidad, sin virtuosismos extemporáneos, cómo debe ser producida la música de cámara. La doble cuerda la maneja con nitidez.

En el concierto de mayo (día 11 de junio) actuó el cuarteto vocal Salvati, de Basilea, con la pianista María Teresa Balcells. Se trata de un conjunto muy compenetrado, cuyos componentes emiten con limpieza y sornidad delicada. Dieron canciones del siglo xvi (Azzaoilo y Orlando de Lasso), de Haydn y Schubert y de los modernos Massenet, Debussy, Confalonieri y Bela Bartock, estas últimas de riqueza temática y armónica.

Ultimamente (día 26 de junio) ha deleitado la Agrupación Nacional de Música de Cámara, de Madrid, integrada por Enrique Aroca (pianista), Luis Antón (primer violín), Enrique García Marco (segundo violín), Pedro Meroño (viola) y Juan Ruiz Casaux (violoncello). El ajuste y compenetración de este conjunto son bien conocidos, y ejecutaron primorosamente el trío en *re menor*, *opus 32*, de Arensky; el cuarteto en *fa mayor*, *op. 96*, de Dvorak, y el quinteto en *mi bemol mayor*, *op. 44*, de Schumann. Los tiempos lentos, en especial, fueron dichos con espléndidos matices.

La Sociedad Oscense de Conciertos ha cerrado su primera temporada con un haber de categoría, en el que han destacado las actuaciones del «Collegium Musicum», de Wiesbaden, y la «Agrupación Nacional de Música de Cámara». — *R. del Arco.*

En torno a la «Vista de Zaragoza», de Velázquez-Mazo.

Sobre este sugestivo tema dió el día 26 de abril, en el Salón de Sesiones de la Diputación de Zaragoza, una conferencia del ciclo de Arte organizado por la Institución «Fernando el Católico» de aquella Corporación, el vicepresidente del Instituto de Estudios Oscenses, don Ricardo del Arco Garay.

Comenzó exponiendo la devoción de Felipe IV por la ciudad de Zaragoza, donde estuvo varias veces. La más importante fué en 1645-46. Vino acompañado del príncipe Baltasar Carlos y de los pintores Veláz-

quez y su yerno Juan Bautista del Mazo, casado con su hija Francisca (la «Dama del abanico», de la colección Wallace). El motivo del viaje fué la jura del príncipe por los aragoneses como sucesor en el trono. Baltasar Carlos había hecho pintar en Pamplona, de donde venían, a Mazo, su pintor de cámara, una vista de la ciudad, que quedó inconclusa. Lo propio encargó en Zaragoza, y la vista de la gran ciudad, poblada de templos, palacios y torres mudéjares, fué trasladada al lienzo desde el convento de San Lázaro. En 1646 falleció inopinadamente el príncipe en Zaragoza, y la pintura quedó interrumpida; pero el rey quiso que se terminara, y, en efecto, lo fué el año 1647, como lo demuestra la inscripción que se lee en el ángulo inferior de la derecha del lienzo, redactada por el cronista de Aragón Juan Francisco Andrés de Uztarroz, el cual, en homenaje de Felipe IV y de Velázquez y Del Mazo, aparece de pie, de frente, junto al Ebro, destacado de los grupos que decoran aquel delicioso primer término.

Explica la tradición de los fondos arquitecturales en nuestra pintura, casi siempre accidentales o secundarios en las tablas góticas y en los lienzos de batallas, sin excluir la «Rendición de Breda», de Velázquez. En el Greco el paisaje por primera vez cobra importancia primordial en las vistas de Toledo, de las cuales hay evidente influencia en la de Zaragoza, con el detalle de que el pintor cretense puso en lo alto, aéreos, a la Virgen y a San Ildefonso, patrono de la ciudad, y Velázquez situó asimismo en lo alto a la Virgen del Pilar con ángeles portando la Sagrada Columna, detalle que ha desaparecido al achicar el lienzo, pero del que atestigua Madrazo, que lo vió.

En los cuadros de historia, de Leonardo y Pereda, para el Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro, los fondos de ciudades son esquemáticos, como en algunos cuadros de Goya (los fusilamientos en la Moncloa, cuadritos de género, como la escena de Tardienta, etc.). La romería en la pradera de San Isidro, lienzo capital en la pintura española, es el más afín a esta vista de Zaragoza.

La describe detalladamente en sus dos sentidos: horizontal, marcado por la cinta del río, interceptado por el puente de Piedra, del que faltan dos arcadas, que la avenida se llevó poco antes, en 1643. Provisionalmente, para comunicar la ciudad con el arrabal, en 1645 Felipe IV inauguró un puente de tablas aguas abajo; y vertical, con los índices de las torres y el cimborrio de la Seo, desde el convento de San Agustín hasta el de Santo Domingo. En la orilla derecha se advierte la comitiva del monarca con su hijo, seguida la carroza de los archeros de la guar-

dia, que va a entrar por la puerta del Puente. Torres presididas por la Nueva, de 1504-1512, en mala hora demolida en el siglo pasado, ante la cual se extasiaron lord Byron, Wasingthon Irwing, Thiers y Montalembert. Habla de la mayor importancia del Ebro en este lienzo, contrastado con la pobreza expresiva del Tajo en el Greco y del Manzanares en Goya.

La adición de las figurillas del primer término, damas y galanes solazándose en las orillas del río, no fué pura invención, sino que obedeció a la realidad. Aquellos paseadores—como los llamaban—se veían animados, en los días festivos especialmente, por gentes de varia condición, incluso con música de ministriles.

Casi todas estas figuras son de mano de Velázquez, inconfundibles; algunas, de contorno redondeado y menos grácil, son de Mazo, parecidas a las que se ven en su lienzo de la «Cacería del Tabladillo», en Aranjuez, del Museo del Prado. Y aun Velázquez retocó por completo el cuadro, dándole aquellas tintas tan afines a las de sus «Hilanderas» y la inefable transparencia y verdad del Ebro y del cielo.

Otras consideraciones muy atinadas respecto de la colaboración de entrambos pintores expuso el orador, quien encontró harto justificada la conservación de este nuestro mejor cuadro de arquitectura en el Museo del Prado.—*L. F. Arregui.*

Conferencias de Miguel Dolç en el Curso de Arqueología de Jaca.

Durante los días 1 y 2 de septiembre, el doctor Miguel Dolç, catedrático de Latín y director del Instituto de Huesca, explicó tres lecciones sobre Instituciones Romanas, en el II Curso de Técnica Arqueológica desarrollado en Jaca por la Universidad de Zaragoza, bajo la dirección del doctor Antonio Beltrán.

Disertó en la primera sobre *El romano en la sociedad y en la familia*. Aspectos de la primera parte de esta lección fueron el *ius ciuitatis*, las diversas clases de ciudadanos y las asambleas del pueblo. Refiriéndose al romano en la familia, insistió sobre el concepto romano de la familia y explicó el matrimonio, sus formas y ceremonias. Al hablar del *paterfamilias*, señaló el sentido de la *adoptio* y la *adrogatio*, así como las características de la matrona. Terminó hablando de los esclavos, como parte integrante de la familia, y de la condición de los *ingenui* frente a los *liberti*.